

LA BRÚJULA ROTA



LA BRÚJULA ROTA

Creer que un sueño solo es sueño cuando te muestra un campo de lavandas, una escena familiar feliz, es como creer que la literatura solo existe si el final es feliz. Si fuera así, nos quedaríamos sin bibliotecas. Las pesadillas también son sueños.

Soñar, desde la biología, es un proceso neurológico. Ocurre en la fase REM. Movimientos oculares rápidos, dicen los médicos. La corteza visual se enciende, la amígdala cerebral, que es el centro del miedo, se dispara. Tu cuerpo se paraliza. Una atonía muscular. Estás atado a la cama, inerte. Y adentro, en la materia gris, ocurre el milagro. O el desastre. Es el mismo proyector de cine. Solo cambia la cinta.

El viento bajaba espeso, caliente, sucio, preñado de tierra. Barría la Ciudad. Secaba las hojas, secaba las acequias, secaba la voluntad. Marcos José miraba por la persiana americana.



El sol se colaba, amarillo, enfermo. Cerca de las dos de la tarde. O de la mañana. Daba igual. El tiempo, para Marcos, era un chicle estirado. Treinta y cuatro años. Arquitecto, decían los papeles. Un título guardado en un tubo de cartón, juntando polvo, allá, en el fondo del ropero de su madre.

Respiraba corto. Tosía. Un hilo de flema amarga, gris, le cortaba la garganta. Pesaba cincuenta kilos mojado. Los huesos le pinchaban la piel. Un cadáver con permiso de tránsito.

Se sentó en el borde de la cama. La cama de una plaza, la de su adolescencia. Había vuelto. El hijo pródigo. El niño bien, el de Chacras de Coria, el primer universitario de la familia, de vuelta en el nido.

Carmen, la viuda, lavaba los platos en la cocina. El ruido del agua. El choque de los platos. A Marcos le taladraba el cráneo.

De chico, Marquitos no se quedaba quieto. La cabeza, a mil por hora. Déficit de atención, decían las maestras. Ansiedad, decía el médico. Pendejo insoportable, decía el padre.

El viejo. Un prócer del silencio, y del blanco avocado. El viejo tomaba, tomaba fuerte. Había sostenido a su familia con dos alquileres de casas heredadas y el sueldo de enólogo de Bodegas López. Murió con el hígado del tamaño de un adobe. Herencia maldita, dicen en el barrio. La genética, dicen los de guardapolvo blanco. Marcos heredó la sed, el vacío, la urgencia.

Miró la mesa de luz. Un encendedor, desarmado. Una pipa de cristal, manchada. Papel aluminio, quemado. Ceniza. Una fotografía no deseada del fracaso.

Levantó la pipa. El cristal frío. El único rascacielos que habitaba ahora.

Soñaba, soñaba, despierto, dormido, semidormido ...



“Está en el último piso. El Edificio Gómez, pleno centro mendocino, símbolo de un progreso pretérito. Mira la cordillera desde la cornisa. De pronto, el suelo bajo sus zapatos tiembla. Un sismo. Grado siete en la escala de Richter. La tierra cruje, como en el ochenta y cinco. Se abraza a una columna de carga. Pero la columna cede. Se le deshace en las manos. No es hormigón armado. Es tiza. Es clorhidrato cortado con bicarbonato y veneno para ratas. Las vigas se vuelven polvo, maicena en el agua. El edificio colapsa. Cae al vacío, sintiendo el viento en la cara. Se estrella contra las baldosas. No hay sangre. No hay huesos rotos. Solo una inmensa nube de polvo blanco que los barrenderos municipales barren a la mañana siguiente, quejándose del esfuerzo.”



Años atrás, la historia era otra. Marcos, de saco, zapatos lustrados, caminando por la Peatonal Sarmiento. El estudio de arquitectura, en un quinto piso, mirando a la Cordillera de los Andes. El mundo, en el bolsillo.

Pero el mundo pesa. Los planos, las fechas de entrega, los clientes, los contratistas. La presión, invisible, constante. Como la falla geológica de la ciudad. Mendoza fue destruida en mil ochocientos sesenta y uno. Un terremoto. Se cayó todo. La reconstruyeron. Calles anchas, plazas enormes, todo pensado para que las ruinas no te aplastaran si temblaba de nuevo. Marcos creía que era antisísmico. Se equivocaba.

Empezó con el polvo. Cocaína de la buena, de la que no raspa. Medio gramo, para rendir. Para dibujar toda la noche. Para ser brillante. El estrés, la excusa perfecta. El sistema nervioso, agradecido, estallaba de dopamina. Se sentía San Martín cruzando los Andes, invencible, montado en un caballo blanco.

Pero la tolerancia es una perra traicionera. Medio gramo no hacía nada. Un gramo, dos, tres. La nariz, un colador. El tabique, perforado, silbaba al respirar. La plata, volaba. Los ahorros, esfumados.

Todo culpa de ese jueves.

Jueves de *after office*. La calle Sarmiento, era la locación. Las veredas anchas, lustradas por los zapatos caros de la fauna política y empresarial. Cafés de especialidad, cervecerías. Un teatro a cielo abierto donde la hipocresía local ensaya sus mejores obras.

Marcos estaba en la barra de un bar. Tomaba un gin tonic. El cansancio de una jornada de trabajo larga en el estudio de arquitectura le pesaba en la nuca, un bloque de cemento.

Y entonces, se abrió el telón. Entró ella.



Antonella. Veintitrés años. Un metro sesenta y cinco de altura. Un compendio de física cuántica y perversión. Rubia, de un rubio furioso, artificial, agresivo.

Caminaba partiendo el aire, partiendo las miradas. Vestía para asfixiar. Un pantalón ajustado, negro, de esos que interrumpen la circulación de la sangre, que obligan a respirar corto. Arriba, una camisa de seda cruda. Desabotonada. Peligrosamente desabotonada. El escote era un abismo, un precipicio. Dejaba ver, con

una generosidad brutal, la línea de sus senos voluminosos, turgentes, perfectos. Demasiado perfectos para ser obra solo de la genética.

No eran obra de Dios. Eran obra pública.

Antonella era secretaria. Secretaria privada. Trabajaba para un Senador en la Legislatura provincial. Un viejo lobo de la política, de esos que firman licitaciones millonarias con la misma mano con la que rozan rodillas bajo los escritorios de roble. Los senos, esa exuberancia desafiante, habían sido un regalo. Un aguinaldo en especie. El premio no remunerativo que su jefe le había pagado, por caja chica, en agradecimiento a su "entrega incondicional", a su notable, incansable y silenciosa "predisposición al trabajo" de horas extras.

El contribuyente, sin saberlo, financiando la silicona de alta densidad.

El flechazo, entre Marcos y Antonella, no fue romántico. Se miraron. Se olieron. Dos depredadores aburridos en el medio del bar.

Salieron del bar, abrazados, excitados, borrachos. Pasaron esa noche, el departamento de Marcos, el que todavía pagaba con su sueldo.

Sexo animal. Desenfrenado. Sin preguntas, sin pasado. Las sábanas, arrancadas. Antonella no era una mujer, era una hembra en celo permanente. Exageradamente bella. Y, por lo tanto, exageradamente peligrosa.

Las noches se volvieron giras. Empezaban un viernes a las siete de la tarde, escondidos en reservados oscuros, y terminaban el domingo a las diez de la mañana, detrás de unos anteojos negros, desayunando pizza fría y vodka.

Carmen, en Chacras de Coria, no sabía nada. Nunca la vio. Marcos levantó un muro ciego entre su casa materna y su infierno personal. Hubiera sido mezclar el agua bendita con ácido sulfúrico. Antonella era un secreto de Estado, una amante clandestina, un vicio privado, inconfesable.

Fue en una de esas madrugadas. Las tres y media. Un sábado pesado. Estaban en la cama, exhaustos. El alcohol ya bajaba, dejando esa resaca, esa angustia. Marcos cerró los ojos, derrotado.

—No te me duermas, arquitecto —susurró Antonella.

Marcos abrió un ojo. La vio sentada en el borde de la cama, desnuda, iluminada apenas por la luz de la calle. Tenía su bolso abierto sobre las rodillas. Un bolso de cuero.

Sacó un espejito. Sacó una tarjeta de crédito. Sacó una bolsita, anudada en las puntas.

Armó con la destreza de un cirujano. Dos líneas perfectas, largas, blancas. Le alcanzó un billete de mil pesos enrollado. Un canuto naranja y sucio.

—Tomá —le dijo ella, sonriendo con malicia, con esos labios rojos y cínicos. Para que encares.

Marcos dudó. Un segundo. El último segundo de libre albedrío que tuvo en su vida. Miró a la chica, miró la blancura radiante de la sustancia. Aspiró.

El golpe fue instantáneo. Un latigazo en el cerebro. La dopamina estallando como un fuego artificial de la Fiesta Nacional de la Vendimia. Se le durmió la garganta. Se le durmió el labio. Se sintió Dios.

Después otras dos, y otras dos ...

El bautismo estaba consumado. La sirena de la Legislatura lo había arrastrado al fondo del mar.

Duró un año y medio. Dieciocho meses. Quinientos cuarenta días caminando sobre la cornisa sin red de contención.

Fueron meses de euforia falsa, de fiestas donde corrían los apellidos y el champán, donde los legisladores negociaban leyes mientras se secaban la nariz en los baños de mármol. Marcos era el invitado joven, el arquitecto brillante, el novio trofeo de la secretaria intocable.

Pero las historias empiezan y terminan.

Antonella se aburríó. La belleza de veintitrés años tiene una fecha de caducidad muy corta, y ella sabía que su cotización en bolsa dependía de buscar inversores de mayor riesgo. Un arquitecto que empezaba a perder clientes por llegar tarde, ojeroso y paranoico, ya no era un negocio rentable.

Se fue un martes. Agarró su bolso, se abotonó la camisa de seda, le dio un beso frío en la mejilla, y cerró la puerta. No hubo gritos. No hubo lágrimas. Los contratos se rescinden en silencio.

Se fue, y se llevó el glamour. Pero dejó el veneno.

Antonella le dejó, como herencia maldita, el peor de todos los hábitos: la incapacidad absoluta de vivir sobrio. Le enseñó a buscar coraje en una fórmula química. Le enseñó que la frustración de un plano mal hecho, el reto de un cliente, la soledad de la madrugada, la angustia de la rutina aplastante, todo, absolutamente todo, se podía resolver, tapar y silenciar comprando unos gramos.

Él se convirtió en el esclavo de una sombra rubia. Hay bellezas que son trampas cazabobos. Vienen envueltas en sedas caras, financiadas por la miseria del mundo y la corrupción de los escritorios oscuros.

La mujer despampanante, peligrosa, siempre se aburre y cambia de monta, llevándose sus siliconas y su risa cínica. Y vos, que creías haber tocado el cielo abrazado a la musa de las madrugadas, te quedás solo, con los huesos helados, arrodillado frente a un espejo rogándole que te devuelva la dignidad que ella, sonriendo, te robó en la primera línea.



“Es domingo. Mediodía radiante en Chacras de Coria. El sol en la galería. Mamá sirve la mesa. Mantel de hule, plato hondo de loza. Tiene hambre. Un hambre de dos días de solo beber cerveza. La vieja destapa la olla humeante. No hay fideos. No hay asado. Hay cucharas. Las cucharas de plata de la abuela, las que él vendió en la galería Tonsa, ahora derretidas, hervidas en su propio jugo. "Comé, Marquitos, que estás flaco", le dice su madre. Marcos se lleva el metal a la boca. Mastica. Los molares estallan. La encía se rasga. Traga, y la plata fundida le calcina las tripas. Mira a mamá para pedir auxilio. Ella sonríe, inmóvil. En lugar de ojos, tiene dos bolas de sangre.”

Después, la caída. Lenta, primero. Faltazos. Martes de resaca. Jueves de no dormir. Los planos, torcidos. Una vez dibujó un balcón sin vigas de soporte. Cero función ejecutiva. Cero memoria. Lo echaron. Hace catorce meses, lo echaron del estudio. Lo sacaron a la calle, con una caja de cartón y una palmada en la espalda.

Ahí, la transición. La merca ya no subía. No había euforia. Solo una angustia negra, pesada, pegajosa. Entonces, cambió el polvo por el humo. La base. El paco de los chetos caídos en desgracia.

Para conseguir la base, Marcos tenía que bajar. Bajar de categoría, bajar del mapa. Cruzar los bulevares, meterse en los barrios duros de Las Heras o La Favorita. Dejó a sus amigos de la Universidad de Mendoza, dejó a los del club de regatas. Aislamiento total. Roberto Arlt lo hubiera usado para escribir *Los siete locos*. Erdosain, angustiado, buscando la salvación en un pozo ciego.

Marcos caminaba por calles de tierra. Perros flacos lo ladraban. Se juntaba con sombras. Transas, pibes chorros, fantasmas sin dientes. Vendió el auto. Vendió la computadora del estudio, la Mac, la placa de video. Liquidó todo. Y cuando no hubo más, sacó créditos. Prestamistas informales. Tipos rudos, de los que no mandan cartas documento, mandan balas.



“Noche cerrada, invierno crudo. Corre por la Alameda. Los faroles están apagados. Las zapatillas le pesan, como si estuvieran fundidas en plomo. Atrás, las sombras. Los prestamistas del oeste. No tienen cara. Tienen cascos de moto negros, viseras polarizadas. Los motores rugen, cada vez más cerca. Tropezas. Cae a la acequia. La cuneta, profunda, parece seca. Pero de golpe se llena. No es agua de deshielo de la montaña. Es vino en caja. Tinto, espeso, agrio. Se ahoga. Intenta gritar, sacar la cabeza. Unas manos de barro lo agarran de los tobillos. Le tapan la boca con un fajo de pagarés manchados de grasa. Letras rojas, intereses usurarios. El agua, pensada por los huarpes para dar vida al desierto, lo traga en la oscuridad absoluta.”



Fumaba. Días enteros. Cuarenta y ocho horas de vigilia. Ojos inyectados en sangre. Rinitis crónica. El corazón, un tambor desbocado, a ciento cuarenta latidos por minuto. Para no infartarse, tomaba vino. Vino en caja, barato.

Alcohol y cocaína, mezclados en el hígado. Cocaetileno. Un veneno fino, duradero, letal.

En la habitación, con la persiana cerrada, la paranoia. Sombras en la pared. Creía que venían a cobrarle. Miraba por la mirilla de la puerta, cuchillo en mano. Escuchaba sirenas que no existían. Locura transitoria, inducida, de manual. Pero para él, real como la muerte.

La autoimagen, hecha pedazos. En el fondo, sabía. Usaba el mecanismo de la racionalización: "Yo lo manejo, culiao, esto es por el estrés, la puta economía del país". Pura mentira. Pura minimización. Era un esclavo. Un esclavo de un pedazo de piedra amarilla que olía a plástico quemado.

Doña Carmen secó sus manos en el delantal. Setenta y dos años. Pelo blanco, cara curtida. El sistema familiar, enfermo, girando alrededor del adicto. Homeostasis patológica.

Marcos le había robado. Cubiertos de plata de la abuela, desaparecidos. Un anillo de oro, esfumado. La confianza, rota, pisoteada. En la casa se respiraba violencia contenida. Una emoción expresada alta, hostil, hipervigilante.

Y sin embargo, Carmen facilitaba. Codependencia pura y dura. Cuando los prestamistas merodeaban la casa en motos sin patente, Carmen salía con la jubilación. Pagaba. Justificaba a su hijo. "El niño está enfermo, está deprimido por el trabajo", le decía a las vecinas. Le daba plata para evitar que saliera a robar, para evitar que lo mataran.

“El estudio de arquitectura, años atrás. La luz fluorescente del tablero, blanca, de quirófano. Dibuja. Un plano inmenso, interminable. Traza paredes, pasillos, pasadizos ciegos. Un laberinto borgiano hecho de líneas de tinta china. Un parpadeo, y está adentro. El plano se hizo tridimensional. Camina por pasillos blancos. Las paredes se achican. Se acercan. Huele a grafito, huele a plástico quemado. Toca el muro, la cal le mancha los dedos. Corre, desesperado, buscando una puerta. Llega a un callejón sin salida. No hay picaportes. No hay ventanas. Se da cuenta, con terror frío, de que olvidó dibujarlas. Él es el Minotauro de su propia obra.”

Inversión de roles. Marcos, un infante de treinta y cuatro años. Carmen, la guardiana de la cárcel. Un rescate sistémico que solo lograba una cosa: alargar la agonía. Mantener el consumo crónico. Evitar que Marcos tocara fondo, porque el fondo, ella temía, era el cementerio.

Marcos salió del cuarto. Caminó arrastrando las zapatillas. Llegó a la cocina.

—Ma, dame unos mangos. Tengo que ir a comprar unas cosas para... para armar un currículum —dijo, mirando al suelo.

Carmen lo miró. Vio los huesos, la piel gris, la transpiración fría. Suspiró. Sacó unos billetes. Se lo dio. No hubo palabras. El pacto silencioso de la ruina mutua.

Marcos salió a la calle. La calle San Martín, larga, infinita. Como la espera de Don Diego de Zama. Esperando un sueldo, un milagro, un barco que nunca llega. Marcos no esperaba un barco. Esperaba la próxima dosis.

Caminaba rápido, la ansiedad mordiéndole los talones. Un profesional. Un arquitecto. Alguien que había jurado construir hogares, refugios, monumentos. Alguien que sabía calcular cargas, pesos, resistencias de materiales. Sabía cómo hacer que un edificio de treinta pisos soportara un sismo de ocho grados en la escala de Richter.

Marcos, que pasaba noches enteras dibujando fachadas perfectas, había abandonado su propio andamiaje. Se dejó el techo abierto. Dejó que se le lloviera la cordura. Construyó entornos de riesgo con la misma precisión matemática con la que antes dibujaba planos. Una obra maestra de la autodestrucción, calculada gramo a gramo, pitada a pitada.

Dobló la esquina hacia la terminal, perdiéndose en el hastío de agosto. Un espectro más que nadie ve.

Y es que, al final del día, el mejor arquitecto no es el que levanta inmensas torres antisísmicas de acero y hormigón. El mejor arquitecto es el que,

mirándose al espejo, sabe exactamente cuánto polvo, cuánta ceniza y cuánto silencio hace falta para derrumbarse a sí mismo, desde adentro, sin hacer ningún ruido.

El sudor frío mancha las sábanas de la cama de una plaza. Marcos duerme, o eso parece. El cuerpo cede, pero la cabeza no se apaga. La mente, rota y sobregirada, proyecta funciones de traspase. Una rotativa de espantos. Cortázar decía que los sueños son un montaje de nuestro propio cine. El cine de Marcos es clase B, oscuro, rodado en los callejones del infierno.



“Alta montaña. La curva del tiempo, cerca de Puente del Inca. Frío extremo, veinte bajo cero. Camina solo por la ruta, en remera de manga corta. Congelado, azul. El viento blanco baja de las cumbres y lo azota. Ciega. Quema. Abre la boca para tragar aire. Pero la ráfaga no es nieve. Se le mete por las fosas nasales, baja por la tráquea. Los bronquios se cristalizan al instante. El pecho se le vuelve un bloque rígido, pesado, inerte. A un costado del camino, una estatua de bronce del General San Martín cobra vida, lo señala con el sable y le da la espalda. Quiere llorar, pedir perdón. No puede. Queda petrificado. Un bloque de sal en el medio de la ruta siete.”

Despierta. Tiembla. Mira el techo descascarado de la habitación.

El piso está lleno de ratas blancas muertas.



Así nomás. De golpe. Marcos abrió los ojos, pegajosos, legañosos, y ahí estaban. Decenas. Cientos. Alfombrando el parquet gastado de la pieza. Un mar de cadáveres en miniatura, encallados entre zapatillas sucias y remeras hechas un bollo.

Blancas, blanquísimas. De un blanco impoluto, artificial, de laboratorio. Tenían los ojos rojos, como rubíes baratos, apagados, fijos en el techo descascarado. Las colitas rosadas, rígidas, apuntaban hacia arriba como cables pelados de una instalación eléctrica mal hecha.

Marcos encogió las piernas. Se pegó al respaldo de la cama de una plaza. El corazón, otra vez, a mil. El tic en el ojo derecho, un metrónomo del espanto. La respiración, un fuelle roto. Se tapó la boca con el dorso de la mano temblorosa.

Psicosis tóxica por estimulantes, leyó alguna vez en un manual de psiquiatría, en la sala de espera de uno de los tantos terapeutas de la calle Alem que abandonó a la segunda sesión. Alucinaciones visuales y táctiles. El síndrome de Mangan. Los bichos bajo la piel. Pero los manuales, pensó Marcos, no explican la textura de la locura.



Tiró un zapato. Un mocasín de cuero, carísimo, de la época del estudio, de cuando todavía era arquitecto y no un fantasma. El zapato voló por el aire pesado y cayó en el medio de la horda muerta. *Paf*.

Aplastó a tres roedores. Un crujido seco. Como pisar bombitas de luz quemadas.

Marcos se asomó por el borde del colchón. No había sangre. Solo las bocas diminutas, abiertas en una mueca de asfixia silenciosa.

Eran sus neuronas, pensó. Eran sus ideas, sus proyectos, sus maquetas, sus planos antisísmicos, muertos, expulsados de su propio cerebro para pudrirse a los pies de su cama.

—¡Ma! —gritó. La voz le salió finita, cascada, como la de un niño a punto de llorar—. ¡Mamá, vení!

Se escuchó el arrastrar de las pantuflas en el pasillo. La puerta de madera se abrió de golpe. Carmen entró. Traía en las manos un trapo rejilla y olor a lavandina. La luz pálida del pasillo se coló en la cueva.

Marcos levantó las piernas hasta el pecho. Señaló el piso, desesperado, con un dedo que parecía una rama seca.

—¡No pises, vieja, no pises! —gritó—. ¡Cuidado!

Carmen se detuvo. Miró el suelo. Miró sus pies. Luego miró a su hijo, hecho un ovillo sudoroso sobre las sábanas. Suspiró. Un suspiro hondo, cargado de esa resignación estoica que tienen las mujeres.

—Pero qué mugre hay acá adentro, Marcos José —dijo Carmen, esquivando una remera, pisando exactamente donde, a los ojos de Marcos, yacía un montículo de siete ratas reventadas—. Abrí esa persiana, por el amor de Dios, que entre el sol.

—¡Las ratas, mamá! —bramó él, al borde del llanto, agarrándose la cabeza—. ¿No las ves? ¡Están muertas!



Carmen caminó hasta la ventana, aplastando cráneos invisibles bajo sus pantuflas de toalla. Levantó la persiana. La luz de la tarde le pegó a Marcos en la cara como una bofetada de realidad.

—No hay ninguna rata, mijo —dijo la madre, con la voz plana, monocorde, de quien ha decidido apagar el interruptor de la cordura para poder seguir viviendo—. Lo que hay es mugre. Vení a la cocina.

Marcos entendió, en ese segundo de claridad maldita, que no había retorno. El delirio paranoide ya no era un efecto secundario; era el nuevo código de planeamiento urbano de su cabeza.

Miró el piso iluminado por el sol oblicuo. Las ratas seguían ahí. Muertas. Blancas. Inmóviles.

Se levantó de la cama. Sus pies descalzos tocaron el parquet. Sintió, de manera hiperrealista, táctil y espantosa, los huesitos frágiles rompiéndose bajo sus plantas. *Crack, crack*. Caminó hacia la mesa de luz. No esquivó ninguna. Las pisó todas. Con saña. Con odio.

Carmen lo miraba desde la puerta, con el trapo rejilla apretado en las manos, los ojos húmedos, el silencio de misa en la garganta. No dijo nada. No hizo nada. Salió al pasillo y cerró la puerta, dejándolo a solas con sus bestias.

Marcos se sentó al borde de la cama, rodeado por el mar blanco de su propia demencia.

Carmen se quebró. Fue un martes. Marcos estaba tirado en el baño, babeando, abrazado al inodoro, hablando solo. Lo miró. Ya no era su hijo. Era un envase. Un envase vacío, abollado.



Llegó al estudio de Paula Logoteti. Abogada dura, de estilo hippie chic, voz tranquila y segura. Una mujer que desayunaba divorcios y cenaba juicios de alimentos. Carmen se sentó frente a ella, llorando, apretando un pañuelo. Le contó de las ratas, de la plata robada, de los delirios, de la base, del paco, de la muerte a cuentagotas.

La miró, sin asco, pero sin lástima.

—Recomiendo una internación compulsiva, Carmen. No hay otra — dijo la abogada, con la frialdad de un cirujano—. Ley de Salud Mental. Artículo veinte. Riesgo cierto e inminente para sí o para terceros. Su hijo es una bomba, Carmen. Y le va a explotar en el comedor de su casa.

Carmen firmó. Firmó el papel sellado. Firmó la rendición. Entregar al hijo a la burocracia del Estado, para que el sistema de salud pública hiciera lo que el amor de madre no pudo.



Una firma, un sello, una orden de un juez de familia. La ambulancia llegó a Chacras apenas pasada la madrugada. Dos enfermeros grandotes, cara de pocos amigos. Marcos gritó, pateó, mordió. Decía que eran los prestamistas, que venían a cobrar. Lo ataron. Lo sedaron. Lo subieron a la camilla. Carmen miraba desde el umbral, temblando, con el corazón hecho un trapo de piso.

El destino era uno solo. Guaymallén. Distrito Bermejo. El Hospital El Sauce. El nosocomio psiquiátrico. El depósito de las almas rotas de Mendoza.

El Sauce es viejo. Árboles grandes, pabellones descascarados. Marcos despertó en el pabellón de adictos en recuperación. Cama de hierro, colchón finito. Clonazepam corriéndole por las venas.

Los primeros días fueron un apagón. Dormía. Babeaba. Despertaba, miraba el techo, volvía a dormir. El cerebro exigía, gritaba, lloraba. La abstinencia le taladraba el sistema nervioso central.



Al cuarto día, la niebla farmacológica bajó un poco. Marcos abrió los ojos. Miró a su alrededor. Locos viejos, adictos jóvenes, esquizofrénicos caminando en círculos por el patio de tierra.

La mente del arquitecto, enferma pero viva, empezó a trabajar. Miró las paredes. Calculó la altura del cerco perimetral. Tres metros. Alambre de púas arriba, oxidado, vencido por el tiempo y la desidia. Miró a los enfermeros. Tomaban mate. Comían tortitas. Miraban el celular. El sistema público de salud, precarizado, cansado, lleno de agujeros.

Marcos no quería curarse. Quería escapar.

La internación compulsiva es un candado legal. Pero los candados, si uno sabe mirar la cerradura, siempre tienen juego. Marcos esperó. Contó los turnos. Midió las distancias. Tres de la tarde del quinto día. Hora de la siesta. El letargo lo envuelve todo, hasta a la locura.



Un enfermero dejó la reja del patio mal cerrada. Iba a buscar yerba. Marcos no lo pensó. No usó la corteza prefrontal, la de la razón. Usó el cerebro reptiliano, el de la supervivencia, el que le gritaba que si no huía, se moría.

Corrió. Flaco, descalzo, con un pantalón de pijama celeste del hospital. Trepó la medianera sur. El alambre le cortó la palma de la mano. No sintió dolor. La adrenalina tapaba la sangre. Saltó. Cayó del otro lado, rodando por la tierra reseca.

Estaba libre. Estaba en la calle. Estaba, una vez más, completamente perdido.

Corrió por los callejones de Bermejo. La garganta seca. Llegó a la calle Mathus Hoyos.

La Mathus Hoyos no es una calle cualquiera. Es una arteria. Fina, larga, asfaltada. Corta Guaymallén, serpenteando entre fincas viejas, barrios nuevos, y descampados. Es una calle traicionera. De doble mano. No hay veredas anchas, hay acequias de piedra bola. Los autos van rápido. Muy rápido.

Marcos llegó al borde del asfalto. El calor subía del pavimento, ondulando el aire. Miró hacia la izquierda. Miró hacia la derecha. Pero no vio con los ojos de un hombre. Vio con los ojos del delirio, del síndrome de abstinencia crudo, animal.

Del otro lado de la calle, vio un brillo. Una luz imaginaria. El espejismo de su propia ruina.

Dio un paso. Pisó el asfalto con la planta del pie desnudo.

No escuchó el motor. No escuchó el roce de las cubiertas grandes, pesadas.

De la curva cerrada, viniendo desde el este, apareció el camión. Un camión térmico, enorme. Chasis largo. Blanco. Un blanco puro, brillante, cegador. El blanco tiza de sus pesadillas. El blanco de las ratas muertas.

En el costado, letras verdes, gigantes, cursivas. *Expoverde*.

El chofer tocó la bocina. Un rugido ronco, metálico, ensordecedor. Apretó el freno de aire. Las ruedas se clavaron en el asfalto. Humo, olor a caucho quemado.

Pero las leyes de la física son estrictas. Toneladas de acero y chapa no se detienen en diez metros. Marcos se quedó quieto, congelado en el medio del carril. Levantó la vista. Miró la parrilla del camión, enorme.

No hubo tiempo para el arrepentimiento. No hubo tiempo para pensar en Carmen, ni en los planos.

El impacto fue seco. Fuerte. Brutal.

El cuerpo de cincuenta kilos de Marcos voló por el aire. Golpeó contra el parabrisas, estallando el vidrio, y salió despedido hacia el canal, cayendo seco, roto, inerte, sobre la piedra bola.

El camión derrapó, frenó cruzado, bloqueando toda la Mathus Hoyos. El silencio que siguió al choque fue absoluto, denso. Solo se escuchaba el tintineo del motor caliente.



Marcos José, el arquitecto, el de Chacras de Coria, había diseñado su última obra. Su propia tumba, sobre el asfalto hirviente del conurbano mendocino.

Podés contratar a la mejor abogada de la ciudad. Podés usar la fuerza del Estado, invocar la ley, firmar los amparos, y encerrar a los demonios detrás de los muros más altos que el dinero o la salud pública puedan pagar.

Pero la libertad de un adicto no es un derecho civil; es una trampa mortal. Cuando la brújula interna está rota y señala siempre hacia el abismo, no hay internación compulsiva ni paredón psiquiátrico que valga.

El reloj de cocina colgado en la pared de la casa de Chacras de Coria, marcaba las 19 horas cuando sonó el timbre del teléfono de línea fija. Carmen tomaba un mate frío y lavado mientras miraba noticias que no interesaban en la televisión.

El sonido la sacó del letargo, tuvo un mal presentimiento, ya nadie la llamaba; siempre que Marcos no estaba en casa podían ser malas noticias.

Fue la peor noticia, la que en su fuero más íntimo esperaba, pero que no quería escuchar.



El ayudante del fiscal le informó en tono neutro que Marcos se fugó del hospital y a pocos metros falleció atropellado por un camión, las pericias aún no determinan si se arrojó voluntariamente contra el vehículo, como manifestó el chofer, o había sido un accidente por imprudencia y negligencia de éste.

Quedó paralizada unos segundos, pero bastaron para que su mente disparara como diapositivas imágenes de Marcos: de bebé, con su pintorcito celeste a cuadritos de jardín, aprendiendo a andar en la bicicleta Aurorita negra que fue su regalo de cumpleaños número ocho, en el baile de egresados de la secundaria, vestido con un saco sport beige que usaba en los tiempo del estudio de arquitectura, y terminó la secuencia con la postal de su cuerpo frágil y acurrucado en la cama acosado por ratas imaginarias.

Sintió el alma destrozada, y paradójicamente tuvo la sensación de un extraño alivio, de despojarse de una mochila pesada, al verdadero Marcos se lo arrebataron mucho tiempo antes, éste era solamente un eco vago y difuso de quien fuera su hijo.

El destino, sarcástico e implacable, te enseña que no importa cuánto corras para escapar del encierro. Porque cuando pasás tu vida entera buscando ciegamente el escapismo, el destino siempre golpea de frente.

Fabián Ariel Renna
2026